El elogio de la lengua española en la obra de Miguel de Unamuno

Alphonse Vermeylen

Con las palabras de que hay que españolizar a Europa, palabras resueltamente atrevidas y provocantes (y a este respecto tan típicamente suyas) se opone el rector de Salamanca en las páginas de 1906 tituladas «Sobre la europeización» [1] a la tesis contraria, la de que hay que «europeizar a España», tesis a la que se habían adherido varios escritores y también políticos en los últimos años del siglo XIX y entre ellos el propio Unamuno, por ejemplo, en su primera gran obra, la de 1895, *En torno al casticismo.* En efecto, la primera parte de este libro, «La tradición eterna», sostiene que la tal «tradición eterna es tradición universal cosmopolita» y que por lo tanto «es ir a la muerte empeñarnos en distinguirnos de los demás, en evitar o retardar la absorción en el espíritu general europeo moderno», ya que, como añade a continuación, «sólo lo humano es eternamente castizo» [2].

Pero volvamos a la segunda (y a este respecto definitiva) etapa del pensamiento de Unamuno tocante a la relación entre España y Europa. Esta etapa es la que nos interesa aquí. Cuando Unamuno se pone a pregonar el españolizar a Europa, a decir verdad, este españolizar como tal no consiste en difundir en Europa el idioma español sino en hacer que Europa, y además el mundo, se enriquezcan nutriéndose de *lo* español como forma ejemplar de vida, como forma de vivir, de sentir y de pensar.

De esto, en efecto, se trata de modo formal cuando habla Unamuno de españolizar a Europa.

Reaccionando contra la bien conocida atmósfera de fracaso, de humillación y de desastre nacional que cunde en su patria alrededor del 98 a raíz de la derrota colonial, afirma el autor altivamente y como a la faz de las demás naciones, que España tiene, así leemos en el último capítulo de la *Vida de Don Quijote y Sancho* (de 1905), «un destino entre los pueblos» y a continuación añade que este destino es «el de hacer que nuestra verdad del corazón alumbre las mentes contra todas las tinieblas de la lógica y del raciocinio» [3].

Ahora bien, nos encontramos aquí con el punto de arranque de lo que quisiera ilustrar en esta exposición. Es decir que, si de modo formal está ausente de la perspectiva de Unamuno la difusión de la lengua española fuera de sus fronteras históricas de Europa y América, existe, sin embargo, a la luz de sus escritos, entre, por una parte, el pensar de Unamuno, enraizado a su parecer en el pensar profundo de la tradición española, insignemente concretada en Don Quijote, y, por otra parte, la lengua de los españoles una connaturalidad tan estrecha que, finalmente, viene a

[1] *Obras complets* (dir. por MANUEL GARCIA BLANCO, Madrid, Escelicer, 1966-1971, 9 vol.), t. 3, p. 936.
[2] *O. C.*, t. 1, p. 797-798.
[3] *O. C.*, t. 3, p. 251.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Alphonse VERMEYLEN. El elogio de la lengua española en la obra de M. de Unamuno
Centro Virtual Cervantes

ser el ropaje lingüístico propio de lo español algo indisociable del mensaje humano que lleva dentro y que el autor identifica con su visión personal, con su metafísica propia. De modo que se puede decir que, sin que el autor lo afirme como tal ni una sola vez, todo su pensamiento con todo su peso, y en especial la manera de valorar su lengua, y veremos cómo lo hace, propende a hacernos percibir como deseable la difusión, no sólo de *lo* español, sino también del español, a modo de fuente de sabiduría para todos.

Ya que los elogios de la lengua española y la reivindicación de su dignidad que se encuentran tanto en la prosa del autor como en sus versos (sus «hijos del alma», como los llama conmovedoramente en su poema «Id con Dios») se enraizan en el concepto básico de toda su obra, cabe, antes de escudriñar estos elogios, recordar brevemente cuál es este concepto básico.

En el fondo, este concepto no es otro que el irracionalismo que se encuentra analizado perfectamente en el estudio fundamental de François Meyer, *L'ontologie de Miguel de Unamuno,* publicado en París en 1955, traducido por Goicoechea y publicado por la editorial Gredos en 1962. Además hay que tener especialmente en cuenta, creo yo, el libro (menos difundido, y es una lástima) de José María Sánchez Ruiz, *Razón, mito y tragedia. Ensayo sobre la filosofía de D. Miguel de Unamuno,* editado en español en Zürich (Suiza) en 1964.

Resumamos aquí e ilustremos brevemente lo esencial.

Si descartamos unas páginas de juventud, quiero decir la «Filosofía lógica», escrita entre 1883 y 1892, muy impregnada de idealismo kantiano y postkantiano, y que el autor dejó sin publicar a los veintiocho años de edad, se puede decir que para Unamuno las ideas y la inteligencia son para la vida y no ésta para aquéllas. Es decir, que de la vida brotan, por decirlo así, el pensamiento igual que el sentimiento, los cuales son aspectos indisociables de la mente humana, íntimamente confundidos o entrelazados.

Bien ilustrativo a este respecto es el poema titulado «Credo poético» con su verso de arranque:

Piensa el sentimiento, siente el pensamiento y con la estrofa tercera:

> Lo pensado es, no lo dudes, lo sentido.
> ¿Sentimiento puro? Quien en ello crea
> de la fuente del sentir nunca ha llegado
> a la viva y honda vena [4].

Esta honda vena y viva no es otra cosa que el vivir mismo del hombre.

Hasta llega a decir Unamuno en las páginas tituladas: «La ideocracia» (1900): «Lo que para vivir no nos sirve nos es inconcebible» [5]. Y dos años después en el Epílogo de su novela *Amor y pedagogía* escribe: «¿A qué título hemos de uncirnos al ominoso yugo de la lógica, que con el tiempo y el espacio son los tres peores tiranos de nuestro espíritu? En la eternidad y en la infinitud soñamos con emanciparnos del tiempo y del espacio, los déspotas categóricos, las infames formas sintéticas *a priori;* mas de la lógica, ¿cómo hemos de emanciparnos? ¿Significa ni puede significar la libertad otra cosa que la emancipación de la lógica, que es nuestra más triste servidumbre?» [6]. Y también en el mismo Epílogo: «¡Desgraciados de nosotros si no sabemos rebelarnos alguna vez contra la tirana! Nos tratará sin compasión, sin miramientos, sin piedad alguna, nos cargará de brutal trabajo y nos dará mezquina pi-

[4] *O. C.,* t. 6, p. 169.
[5] *O. C.,* t. 1, p. 959
[6] *O. C.,* t. 2, p. 406.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Alphonse VERMEYLEN. El elogio de la lengua española en la obra de M. de Unamuno
Centro Virtual Cervantes

tanza» [7]. Y ya en el capítulo XIII de la misma novela nos encontramos con esta frase que lo resume todo: «la lógica lleva a la muerte» [8]. Es imposible decir más crudamente que la razón es paralizadora y asesina de la vida y del pensar verdadero enraizado en el vivir. De ahí que el ensayo tan célebre de 1912, *Del sentimiento trágico de la vida,* insista tanto en su primera parte en «el hombre de carne y hueso» y afirme tajantemente en la parte quinta y última: «todo lo vital es irracional y todo lo racional es antivital» [9].

No vamos a detenernos más tiempo en esto. Baste todo lo dicho, y la rápida documentación aducida que lo comprueba, para convencernos de que la actitud filosófica de Unamuno resulta ser la de un existencialismo decididamente abrupto y, a mi modo personal de ver (sea dicho de paso), no menos útil como, diría yo, decapante respecto a las ilusiones racionalistas que inaceptable en el fondo si debe funcionar este existencialismo —y así lo quiso Unamuno— como principio absoluto de pensamiento o de vida, siendo el intelecto y el vivir, creo yo, no tan radicalmente heterogéneos como con magnífica retórica y fulgores proféticos lo proclama el ilustre rector de Salamanca.

Sea como fuere, y dejando al lado reparos filosóficos, ésta es la tela de fondo del concepto elevado que tiene Unamuno de la lengua española. Los encomios que le dirigen están siempre en relación con el vitalismo o existencialismo propugnado por el propio autor. En la obra de Unamuno pasa con el idioma español algo muy parecido a lo que pasa con el *Don Quijote* de Cervantes. Sabemos que el héroe cervantino, así como su compañero Sancho, que resulta quijotizado al terminarse la historia de su amistad, fue sometido por Unamuno a una reinterpretación profunda y convertido en ilustración y portavoz del sentimiento y pensamiento del propio Unamuno: así se explica la exaltación de la locura, de la «sinrazón», de Don Quijote. Igual pasa con la lengua de los españoles. Unamuno la presenta también bajo una luz francamente y, por decirlo así, apasionadamente suya, como un instrumento de pensar y de sentir (acordémonos de lo de «piensa el sentimiento, siente el pensamiento»), pero de un pensar y de un sentir que tiende a evitar las ideas, a rehuir la lógica.

Según Unamuno, la lengua de una nación es la manifestación del espíritu de la misma, de una filosifía propia de ella. En el discurso que pronunció en la universidad salmantina al jubilarse el 29 de septiembre de 1934, afirma el autor: «cada lengua lleva implícita, mejor, encarnada en sí, una concepción de la vida universal, y con ella un sentimiento —se siente con palabras—, un consentimiento, una filosofía y una religión» [10].

Ahora bien, para Unamuno, la lengua española es una lengua de pasión, que no de lógica.

Esto lo había dicho treinta años antes y con toda claridad en el comentario a los capítulos 61 a 63 de la Segunda Parte del *Quijote:* (Los hay que) «dicen que es necesario y apremiante podar nuestra lengua y recortarla y darla precisión y fijeza. Dicen los tales que padece de maraña y de braveza montesina nuestra lengua, que por dondequiera le asoman y apuntan ramas viciosas, y nos la quieren dejar como arbolito de jardín, como boje enjaulado. Así, añaden, ganará en claridad y lógica. ¿Pero es que vamos a escribir algún *Discurso del método* con ella? Quédense los tales recortes y podas y redondeos para lenguas en que haya de encarnar la lógica del

[7] *O. C.,* t. 2, p. 407. Sobra decir que la tirana es la lógica.
[8] *O. C.,* t. 2, p. 385.
[9] *O. C.,* t. 7, p. 163.
[10] *O. C.,* t. 9, p. 449

BOLETÍN AEPE Nº 30. Alphonse VERMEYLEN. El elogio de la lengua española en la obra de M. de Unamuno
Centro Virtual Cervantes

raciocinio raciocinante, pero la nuestra, ¿no sabe ser acaso, ante todo y sobre todo, instrumento de pasión y envoltura de quijotescos anhelos conquistadores?» [11]. Se echa de ver que alude claramente el autor en este texto al francés que es la lengua del tan abstracto y sistemático *Discurso del método,* siendo el francés una lengua desprovista de ramas viciosas y parecida a un jardín a lo Versalles con arbolitos de jardín y bojes enjaulados.

Resulta, pues, ser, para Unamuno, el español —en contraste expreso con el francés— una lengua exuberante, llena de presión vital. La percibe Unamuno como una lengua vital, de índole no esencialista sino existencialista y se echa de ver que la dicha percepción cuadra perfectamente con su presupuesto filosófico personal al que nos hemos referido hace unos minutos, es decir, un vitalismo ideoclasta, para usar un epíteto creado por Unamuno y que, según él, definiría bastante bien su pensar. En 1900 en «La ideocracia», a la que me he referido ya, escribe: «Aborrezco toda etiqueta, pero si alguna me habría de ser más llevadera es la de *ideoclasta,* de rompe-ideas» [12].

No hay vida, animada al menos, sin sangre.

Y la sangre, elemento vital por excelencia, vamos a encontrarla presente en el verso primero del célebre soneto número 67 del «Rosario de sonetos líricos», fechado el 10 de octubre de 1910 en Salamanca, al acercarse el 12 de este mes, día de la Hispanidad, tradicionalmente llamado Fiesta de la Raza.

En el año 1923, escribió Unamuno un artículo con motivo de esta misma celebración en el que usa también la imagen de la sangre aplicada a la lengua: «El lenguaje, instrumento de la acción espiritual es la sangre del espíritu y son de nuestra raza espiritual humana los que piensan y por tanto sienten y obran en español» [13].

Más expresivo sin embargo de la fe lingüística de Unamuno es el hermosísimo soneto al que he aludido y sobre el que quiero atraer la atención.

Más expresivo, sigo, porque tiene el tono de una apasionada y personalísima confesión (iteradamente en los primeros versos se encuentra el posesivo *mi*), proclamación muy personal, pues, pero que inmediatamente (igual que los ríos de Jorge Manrique) va «a dar en la mar» que aquí no es el morir, sino el hablar, el hablar español, cuya resonancia «soberana» (hay que subrayar el epíteto) se extiende a toda la dimensión del tiempo y de la tradición (que se remonta hasta el latín de Séneca y de la que se dice orgullosamente que con Alfonso el Sabio «dio vida a Europa») y a la vez a la amplia dimensión espacial de los dos mundos, llevando a todos los que integran su comunidad (a modo de ejemplo Juárez, el mejicano, y el filipino Rizal) [14] lo que, también en su prosa, llama Unamuno «el Evangelio del Quijote». Y culmina el poema con estas últimas palabras, suprema afirmación del propio mensaje de Unamuno, siendo la locura quijotesca la gran simbolización unamuniana del vitalismo antirracional del hombre de carne y hueso, con quien pretende confundirse el rector de Salamanca, y que sueña invenciblemente con no morir:

> La sangre de mi espíritu es mi lengua
> y mi patria es allí donde resuene
> soberano su verbo, que no amengua
> su voz, por mucho que ambos mundos llene.

[11] *O. C.,* t. 3, p. 222.
[12] *O. C.,* t. 1, p. 954.
[13] *O. C.,* t. 4, p. 646 (artículo en *El Liberal,* Madrid, 12 de octubre de 1923).
[14] En la misma página del artículo de 1923 en *El Liberal* leemos: «También fue de nuestra raza espiritual, de nuestra sangre del espíritu, de nuestra lengua española, aquel heróico filipino que fue José Rizal...».

BOLETÍN AEPE Nº 30. Alphonse VERMEYLEN. El elogio de la lengua española en la obra de M. de Unamuno
Centro Virtual Cervantes

Ya Séneca la preludió aún no nacida
y en su austero latín ella se encierra;
Alfonso a Europa dio con ella vida,
Colón con ella redobló la tierra.

Y esta mi lengua flota como el arca
de cien pueblos contrarios y distantes,
que las flores en ella hallaron brote

de Juárez y Rizal, pues ella abarca
legión de razas, lengua en que a Cervantes
Dios le dio el Evangelio del Quijote [15].

En todo rigor de buena retórica, sería aconsejable no añadir ni una palabra mía para dejar brillar este fresco magnífico de palabras con todo su resplandor de conciencia vital encarnada primorosamente en esta lengua que nos gusta a todos.

Si embargo, dos palabras más:

La primera. He insistido en lo muy personal, en lo muy unamuniano y subjetivo de este elogio del idioma español. Es muy posible —y, ya lo he dicho, en mi caso personal— no compartir sin reservas el vitalismo de Unamuno. Me parece que, de todos modos, la simpatía, o digamos el amor, por una lengua siempre procede, como cualquier otro amor humano, de algo que no es meramente objetivo, sino más bien muy impregnado de subjetividad. Sabemos lo de que «el corazón tiene sus razones ignoradas por la razón». Me atrevo a citar a Blaise Pascal. Aunque es francés, es uno de los pocos autores franceses que, al menos en parte, le agradaron a Unamuno. Ahora bien, una de las sinrazones, no la más grande, del amor consiste en el hecho de que nos guste siempre oír elogiar al objeto amado, incluso cuando el elogio no nos convence más que por su conclusión que viene a coincidir con la nuestra propia que puede resultar de consideraciones distintas.

Una segunda observación, de más peso científico. Hasta en el caso de que quitemos la tela de fondo del pensamiento vitalista-existencialista de Unamuno, queda de todas maneras, pero desprovista de toda argumentación, su afirmación de que el español es una lengua que tiende a expresar la experiencia humana de una manera menos conceptual y más apegada a lo concretamente experimentado.

Valdría la pena tratar de elucidar científicamente si esta visión puede apoyarse o no en una consideración obetiva y rigurosa, fría, si se quiere.

Por otra parte, es evidente que no hay que exagerar la diferencia del español, si lo cotejamos con otros idiomas a este respecto. Si consideramos la historia del pensamiento vitalista-existencialista, es indudable que la mayor parte de los parangones de esta tendencia tan moderna no fueron españoles. No lo fueron ni Bergson (¡nada menos que todo un francés!) ni Kierkegaard, y de ambos a fin de cuentas se inspiró en parte el mismo Unamuno. Esto significa por lo menos que el español no es un sistema lingüístico imprescindible para dar expresión a esta orientación filosófica.

Pero, por otra parte, no hay quizás que descartar la posibilidad de que el español por su tradición propia, o hasta por su estructura misma, tenga particularidades que cuadren bien con tal orientación o puedan encaminarse hacia ella.

Se podría llamar la atención sobre el tesoro del refranero castellano, ya tan valorado en el siglo XVI por Juan de Valdés en su *Diálogo de la Lengua* y también en las tan abundantes llamadas frases hechas. Un ejemplo nada más, relativo a los refranes. Puedo decir: «todo pasa» o «el tiempo es fugaz» y he expresado un concepto como tal concepto. Puedo, como el griego Heráclito, usar un lenguaje ya más con-

[15] *O. C.*, t. 6, p. 375.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Alphonse VERMEYLEN. El elogio de la lengua española en la obra de M. de Unamuno
Centro Virtual Cervantes

creto y añadir a la afirmación de que «todo fluye» las palabras célebres de que «uno no puede dos veces meter la mano en la misma agua del río» y ya he hecho percibir mejor que la fugacidad del tiempo me concierne en mi existir. Pero se puede pensar que la percepción de este peso concreto para cada uno, de la significación concreta y desgarradora que trae consigo el tiempo que pasa y no vuelve, obtiene un relieve máximo si uso el refrán hermosamente aducido por Cervantes en el último capítulo del *Quijote* y que pone en labios del héroe que va a morir: «Ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño». Así se hace sentir el drama concreto que encierra la huida del tiempo, el de hacer ausentes definitivamente presencias que encantan.

Ahora un ejemplo, uno solo también, de frase hecha.

«*Andar* corto de dinero» o «andar mal de cuartos» ¿no tiene un no sé qué más de peso concreto que el francés «*être* à court d'argent» (ou désargenté)

No es, desde luego, que otras lenguas estén desprovistas de expresiones de este tipo ni tampoco de refranes o dichos proverbiales. Sólo que habría que ver si en español no son más abudantes (¡qué trabajo para las computadoras!) y quizás más expresivas (lo que ni va a decirnos ninguna computadora por muy perfeccionada que puedar ser).

Estos ejemplos no conciernen a la estructura misma o la textura misma del idioma español. A este nivel más profundo —el de la lingüística como estudio de un sistema—, podría uno quizás pensar, en la oposición entre *ser* y *estar* que permite o exige matizaciones muy concretas, que desconocen otras lenguas europeas, al menos fuera de la península, y ausentes en la matriz latina de todos los romances.

Podría aludir también a algunas perífrasis verbales..., pero basta así. No puedo sino dejar abierto el problema.

BOLETÍN AEPE Nº 30. Alphonse VERMEYLEN. El elogio de la lengua española en la obra de M. de Unamuno
Centro Virtual Cervantes